

Mujeres y migración de la montaña de Guerrero con destino a Acapulco. Continuidad y cambio

*Beatriz Canabal Cristiani**
*Gabriela Cristina Barroso***

En este artículo pretendemos dar cuenta de las principales características de la migración de las mujeres indígenas desde la montaña de Guerrero¹ hacia diferentes destinos (principalmente nacionales) y mostrar un avance de investigación acerca de su forma de inserción en los nuevos mercados laborales a que tienen acceso; algunos de los cambios identitarios que les provocan los nuevos contactos que establecen; la información a que están expuestas; las nuevas relaciones personales y de trabajo en que se ven inmersas, su nueva situación económica; salarios y acceso a servicios diversos y sobre todo, los cambios en su sentido de pertenencia territorial y comunitaria y en su estatus femenino.

Introducción

En un trabajo anterior (Barroso y Canabal, 2006) señalábamos

* Profesora-investigadora del Departamento de producción económica, UAM-Xochimilco.

** Investigadora de la UCDR, Universidad Autónoma de Guerrero.

¹ La Montaña de Guerrero es una región pluriétnica donde conviven grupos hablantes de la lengua nahua, mixteca y tlapaneca con población mestiza; colinda con los estados de Puebla y Oaxaca.

cómo el sitio que los migrantes ocupan en los mercados de trabajo y los lugares de destino tienen que ver, por supuesto, con su historial ocupacional anterior –muy relacionado con sus *saberes*–, con su capacitación para determinadas actividades productivas, con su grado de formación educativa formal y también con su membresía étnica. Los primeros elementos permiten reconocer que los migrantes guerrerenses han sido empleados de manera preferente en los campos de cultivo de agricultura intensiva del noroeste y norte del país y en campos cercanos como los del estado de Morelos. También se contratan para actividades en la construcción, en el comercio ambulante o en el servicio doméstico en las ciudades. El último elemento, la membresía étnica, está relacionado con la forma de la migración que implica contactos y redes para el traslado, la llegada y la inserción en el mercado de trabajo y tiene que ver también con las condiciones de vida del migrante en las zonas de destino.

Todos estos elementos; la historia personal y social anterior que marca sus principales rasgos identitarios y los relacionados con su vinculación económica, social y cultural en los nuevos sitios a los que arriban, hacen que los migrantes, y en este caso, las mujeres, asuman nuevos rasgos identitarios en los que se relacionan “el allá y el acá”, pero que sin duda, imponen la construcción de nuevos actores sociales que al paso de las generaciones dejan de ser migrantes pero que conservan características propias: se convierten en trabajadores indígenas de la ciudad.

1. Las mujeres y el mercado de trabajo

Las políticas de ajuste estructural han producido transformaciones de género; han crecido numéricamente las unidades domésticas encabezadas por mujeres, así como su incorporación masiva al mercado laboral. Nos interesa abordar este tema con un enfoque que no sólo *victimice* a las mujeres migrantes, sino que reconozca la importancia y los efectos de la migración en la transformación de las mujeres como sujetos de desarrollo (Suárez, s/f). En todo caso, como señala otra autora (Maier, 2006:210), “La reconceptualización de lo económico como articulación entre lo privado y lo público, el reconocimiento de las tareas de reproducción doméstica y cuidado familiar como íntegras a la noción de economía tendrían que anteponerse a la reconstrucción de la ciudadanía de segunda de las mujeres”.

Para la autora citada, las mujeres están experimentando grandes cambios, mismos que afectan también a los hombres, a las relaciones de género y a la estructura familiar. “Cada vez más hogares monoparentales son dirigidos por mujeres que hacen frente a las crisis en situaciones de abandono por parte de los padres a sus hijos. En estos casos, las mujeres no tienen más remedio que incorporarse al mercado laboral, a cualquier costo. El trabajo remunerado, muchas veces en condiciones que no son

propias del siglo XXI, no es necesariamente una opción emancipadora ni elegida por estas mujeres. En la mayoría de los casos, simplemente no existe otra opción. “Además, la incorporación al mercado laboral remunerado en ningún caso significa que la mujer pueda delegar (ni siquiera compartir, en la gran mayoría de las ocasiones) sus responsabilidades en lo que se ha denominado trabajo reproductivo. La nueva situación más bien se ha traducido en las conocidas dobles y triples jornadas laborales de las mujeres trabajadoras” (Suárez, s/f).

Aparte de esta obligada inserción laboral, las mujeres migrantes tienen que enfrentarse a nuevas pautas de integración sociocultural en sus lugares de destino, marcadas por el mercado de trabajo al que se vinculan. “Sin embargo, las migrantes sufren más problemas que los hombres en el mundo del trabajo... problemas relacionados con su educación, los beneficios del empleo, los tipos particulares de trabajo que ejercen... enfrentan cambios inherentes a su rol reproductivo y a su condición de mujer, en condiciones a veces mejores, a veces peores, pero en todo caso típicamente diferentes a los del origen” (Recchini, s/f). Habría que añadir la condición étnica como un problema más en su integración a estos nuevos sitios.

Las mujeres han jugado un papel definitivo en los procesos migratorios, ya sea como migrantes o como parte de una pareja que “espera al marido” y toma las riendas de la casa, del traspatio, y de ser el caso, de la parcela. La migración de las mujeres indígenas hacia las ciudades se inició hace décadas y se trató en principio de mujeres jóvenes que se trasladaban a las ciudades insertándose en el servicio doméstico, en el comercio ambulante y en la prostitución. En el primero de los casos, se ha tratado de mujeres jóvenes y solteras, mismas que son desechadas cuando pierden dicha condición, el comercio ambulante es un oficio peligroso y lleno de sobresaltos pues es perseguido y compite con otro tipo de comerciantes en la vía pública. Al último oficio se integran mujeres indígenas que llegan a las grandes ciudades y que en algunos casos, pasan a engrosar las filas de las sexo servidoras en lugares de tránsito, mercados o en zonas específicas (Barroso y Canabal, 2006:3).

En la Montaña de Guerrero, región pluriétnica (con grupos nahuas, mixtecos, tlapanecos, amuzgos), que colinda con los estados de Puebla y Oaxaca, las mujeres, además de trabajar intensamente en sus hogares, en la huerta familiar, en las parcelas, han participado también de la migración hacia la Zona Metropolitana de la Ciudad de México, a las ciudades más importantes del estado de Morelos o bien hacia las zonas turísticas de Guerrero, donde se han ocupado en el servicio doméstico, en el mercado ambulante y en otros trabajos asalariados. También, y cada vez con mayor intensidad, participan en procesos migratorios hacia Estados Unidos.

De la Montaña de Guerrero salen anualmente miles de mujeres hacia los campos agrícolas de Sinaloa principalmente, aunque también van a Sonora, Jalisco, Nayarit

y Baja California. En su mayoría se van solas o acompañadas de su familia. Además, la salida cada vez más frecuente de los hombres, jefes de familia en las comunidades indígenas para trabajar en los campos agrícolas de otros estados o en Estados Unidos, ha derivado en que las mujeres hayan tenido que asumir más funciones económicas, pero también otro tipo de obligaciones como el cuidado de los hijos, las actividades de la casa, de la parcela y al mismo tiempo, han cubierto obligaciones comunitarias, tanto cívicas como religiosas.

Las mujeres migrantes indígenas llegan a los lugares de destino en condiciones de mayor fragilidad que los hombres pues sobre ellas pesa ya la carga que tienen y tendrán en cuanto al esfuerzo que implican las actividades domésticas en los nuevos sitios; además del trabajo remunerado al que por fuerza tienen que acceder, también pesan sobre ellas otras limitantes como su mayor grado de analfabetismo, monolingüismo, falta de educación formal y capacitación en otros oficios.

2. Mercado de trabajo en Acapulco

La población de la Montaña de Guerrero que se ha trasladado hacia Acapulco, ha formado diversas colonias con población proveniente de las mismas comunidades como es el caso de la colonia Chinameca que ahora tomamos como ejemplo y que se inició hace más de dos décadas desde el poblado de Tlaxco, municipio de Xalpatláhuac. Se trata de una población mixteca que trabajaba en la agricultura de subsistencia, en ganadería menor y en la producción de sombreros de palma, actividades que han dejado de ofrecer los ingresos mínimos para la supervivencia de las familias. Su salida de dicha comunidad ha sido causada por la búsqueda de trabajo y de mejores servicios, sobre todo, educativos.

La inmigración en el puerto de Acapulco ha sido muy elevada pues actualmente concentra casi al 25 por ciento de la población del estado de Guerrero. La población indígena estaba integrada en el año 2000 por 10 269 habitantes, hablantes de lengua indígena, predominando el náhuatl y el mixteco.

La población económicamente activa en el puerto es de 257 599 personas sobresaliendo las ocupaciones del sector terciario, principalmente los servicios que en el año 2004 daban ocupación a 45 por ciento y el comercio al 24 por ciento de esta población, en promedio. Este tipo de trabajo puede estar en el mercado de trabajo formal o informal que abarca un gran abanico de ocupaciones en grandes establecimientos, hasta la venta informal en las calles o playas. Los datos muestran un elevado porcentaje de personas ocupadas y asalariadas sin prestaciones que oscila entre 59 y 65 por ciento en el año 2004.

Los trabajos a que ha tenido acceso esta población de origen mixteco constituyen

una gama de ocupaciones que rayan en la informalidad como trabajos de albañilería, herrería, mecánica, limpieza y servicio en sitios públicos, comercio ambulante, compartido también por las mujeres, ya sea en la ciudad o en la playa, lugar donde ellas venden productos alimenticios o artesanales, hacen “trecitas”, aplican tatuajes y dan masajes. También trabajan el servicio doméstico en hoteles, restaurantes o casas particulares.

La situación de las familias de esta colonia se vuelve más crítica cuando la mujer se convierte en la cabeza del hogar ya que sus condiciones de indígena y mujer migrante, sin niveles de estudio o capacitación, le impiden insertarse en un mercado laboral ya comprimido, pero además, *per sé*, discriminatorio.

La Chinameca se ubica a escasos 500 m de la avenida La Costera y de esta colonia, “se observa bajar todos los días por la mañana, a las mujeres que caminarán y caminarán durante toda la jornada. En las doradas playas trenzarán cabelleras, pegarán tatuajes, venderán pulseras tejidas por ellas mismas, darán masajes relajantes. Niñas, adolescentes, jóvenes, señoras y aun las abuelitas, trabajan más de ocho horas diarias bajos los candentes rayos del sol y la arena; en el ocaso regresan a sus casas” (Barroso y Canabal, 2005:7).

Sin embargo, los habitantes de estas colonias manifiestan que aquí pueden trabajar, ganar dinero y tener acceso a mejores servicios. Hay muchas historias: familias que llegaron con niños y que tuvieron que iniciarse vendiendo chicles en la calle y los muchachos limpiando parabrisas cuando no estaban en la escuela. Las niñas tuvieron que trabajar desde chicas en la playa tejiendo “trecitas”.

Si bien, las condiciones de trabajo y de vida de estos migrantes-colonos indígenas no son las mejores y están lejos de ser sólidas al no encontrar empleos permanentes y con mayores garantías, al hacer una comparación de estas condiciones entre sus lugares de origen y el puerto de Acapulco, todas las mujeres entrevistadas manifestaron que están mejor ahora:

Para mí en temporadas es mejor aquí porque ganamos más en la playa, a veces nos va mal, a veces nos va bien, aquí hay más gente, hay quien compre si tú vendes.

Me gusta más aquí porque aquí mis hijos estudian. Allá no hay de qué estudiar y los jóvenes con secundaria ya pueden trabajar en una tienda de ropa o de cualquier cosa, pero a veces, las mujeres en la playa ganan más que de empleadas (Barroso y Canabal, 2006).

La problemática de las mujeres puede señalarse como especial porque se confrontan a la necesidad de realizar dobles jornadas, sobre todo cuando están solas, al tener que asumir el trabajo doméstico, mantener al hogar y teniendo que trabajar en un mercado sumamente discriminatorio debido a sus niveles de calificación, analfabetismo e incluso a su monolingüismo que es característico de las mujeres adultas provenientes

de regiones más alejadas.

Los ingresos que generan estos empleos y las condiciones de vida que privan en sus colonias ponen de manifiesto un fuerte deterioro en sus niveles de bienestar y una gran polarización en relación con otras zonas del puerto.

Es por esta situación que el acceso a la educación formal se ha convertido en una estrategia fundamental para las mujeres indígenas migrantes, ya que consideran que de esta manera, sus hijos tendrían la posibilidad de una mejor inserción en el mercado laboral del puerto. Si bien, “no todos los y las jóvenes indígenas de Acapulco terminan sus estudios, hay técnicos y profesionistas con nivel de licenciatura como médicos, arquitectos, abogados y profesores, aunque en un porcentaje mínimo de la población” (Barroso y García, s/f).

La limitación en el empleo y en los ingresos que pueden obtener por este tipo de trabajos ocasiona que: “los y las jóvenes se vean forzados a dejar de estudiar para integrarse a los sectores informales o formales de trabajo, o bien, a emigrar a Estados Unidos” (Barroso y García, s/f).

Para muchas de estas familias, la salida hacia Estados Unidos ha constituido la posibilidad de solventar una familia numerosa. Un joven informa:

Tengo una hermana en Nueva York que se dedica a ayudante de modista, se fue con un familiar de nosotros, viven en un edificio todos y la mayoría son de Tlaxco, del mismo pueblo, allí ya llegan todos. Mi hermana se fue hace un año, tiene 19 años y dice que se siente bien, allá están mis tíos, dice que es distinto allá, otra vida, diferente, les gusta, yo tengo muchos amigos que se han ido para allá no piensan regresar, muchos regresan y se vuelven a ir porque aquí no tienen trabajo (Entrevista, junio 2006).

También señala los cambios en su pueblo con la migración hacia Estados Unidos. “Allá en el pueblo las casas antes eran más sencillas y muchos chavos mandan dinero y compran materiales para la casa. Muchos también ahorran lo que mandan para cuando ya no puedan trabajar, no ponen negocios, sólo hay un chavo que puso su tienda con el dinero que juntó allá” (Entrevista, junio 2006).

Esta posibilidad la han previsto muchos jóvenes de la Chinameca que piensan terminar la secundaria para irse. También ha sido el camino tomado por hombres con esposa e hijos que tenían empleos en Acapulco como lancheros o vendedores ambulantes. Las esposas se quedan solas y con hijos chicos; reciben sus remesas que usan para mantener bien a los niños y mandarlos a la escuela. También les alcanza para hacer ahorros y mejorar la casa o comprarse un “terrenito”.

Alejandra, habitante de la Chinameca, comenta que su esposo se fue hace cinco años a Nueva York donde trabaja de ayudante de cocina en un restaurante. Se fue con un hermano que se había adelantado con un tío.

Nosotros somos de Tlaxco, tenemos 20 años en Acapulco, yo llegué de ocho años, aquí estudié la primaria y me casé a los 15 años. Mantenemos ligas con el pueblo, vamos cada año, con mis papás en los días de los muertos y en la fiesta de San Miguel Arcángel. Cuando llegamos acá vendíamos chicles en la Costera, mi mamá hacía pulseras y las vendía, ella nunca aprendió a hablar bien el español. En nuestro pueblo todavía se siembra pero antes había más gente en el pueblo, ahora ya no, muchos se han ido pa' l otro lado o compran un terrenito en Acapulco con lo que mandan de Estados Unidos. Él manda dinero aunque no es lo mismo estar sola, hago trenzas en la playa, en la temporada solamente, tengo dos niños... Hay mujeres que se van solas a Estados Unidos, dejan a sus hijos en el pueblo, primero se va el marido, luego las mujeres, luego los hijos. Dicen que allá es mejor porque el gobierno les ayuda, y reciben un cheque al mes de cien dólares, leche y despensa (Entrevista, junio 2006).

Catalina señala:

Mi esposo es de la Montaña, a mí me gusta más aquí porque vamos a la playa y tenemos dinero, allá sólo el campo, producíamos maíz. Aquí vivía mi hermano y por eso me vine, todos mis hermanos están aquí, un hermano se fue a Estados Unidos y mi esposo hace dos años está allá pero no sé qué hace, se fue a Nueva York, manda dinero, habla por teléfono, dice que va a venir en un año. Yo trabajo en la playa, hago trencitas, mi marido vendía paletas y se fue para ganar más (Entrevista, junio 2006).

Es claro que las mujeres que reciben dinero de los maridos que están en Estados Unidos pueden optar por trabajar en Acapulco y dedicarse sólo a su casa y a cuidar a los hijos. Sin embargo, señalan que es difícil para ellas llevar toda la carga y la responsabilidad del hogar: "Yo quisiera que estuviera mi esposo aquí ayudándome a cuidar a los niños, es difícil cuidarlos yo sola" (Entrevista, junio, 2006).

Un rasgo muy importante que cambia la vida de estas mujeres es su necesaria incorporación al mercado de trabajo para complementar el ingreso del marido, regularmente bajo y nunca constante para poder vivir en Acapulco, donde se enfrentan a necesidades económicas que no tenían en sus comunidades como el pago de vivienda, de servicios urbanos y la compra de comida. Muchas mujeres también encabezan a sus familias, ya sea porque son madres solteras o bien porque el marido está en Estados Unidos y en este caso, se presenta una doble posibilidad: las mujeres que siguen teniendo comunicación con los maridos, reciben ingresos y ahorros para el sostenimiento de la familia, y aquellas que perdieron el contacto con ellos.

3. Los cambios: ser de aquí y de allá

La población de estas colonias se asume como indígena lo que les implica, en parte, orgullo por su lengua y sus “costumbres”, pero por otra, representa mayores dificultades para vivir en una ciudad cosmopolita como Acapulco.

Las mujeres indígenas que migran de manera permanente hacia las ciudades como es el caso de este puerto, van teniendo cambios pronunciados en cada generación: las primeras que llegaron están más ligadas a sus comunidades, encuentran dificultades para hablar el español y para acceder a mejores empleos porque no están calificadas para ello, visitan frecuentemente sus pueblos y asisten a sus fiestas. Una segunda generación de mujeres se encuentra todavía ligada con sus comunidades; llegaron al puerto siendo niñas y tuvieron mayor acceso a la educación formal y aunque pesaron sobre ellas normas comunitarias en cuanto a su comportamiento, ellas ya no las aprecian de la misma manera y ya no las aplican con sus hijas que han nacido en el puerto.

Catalina nos habla:

Mi esposo es de la Montaña; a mí me gusta más aquí porque vamos a la playa y tenemos dinero, allá sólo el campo, producíamos maíz... Me gusta que los niños estén aquí en Acapulco, allá hay escuela incompleta, yo voy a veces al pueblo pero desde que se murió mi mamá ya no voy, en el pueblo ya no hay nadie de mi familia. A los niños les hablo en mixteco, hablan las dos lenguas, aprenden solitos de oírnos. Allá se casan de 15 años, allá no escogen sus novios, a mí me pasó igual aquí, me pidieron, a mis hijas no, si quieren se casan, ellas van a escoger, van a estudiar. La grande estudia secundaria; si quiere, puede seguir, la voluntad es de ella, si se quiere casar, que lo haga (Entrevista, junio, 2006).

Alejandra nos informa:

Yo tengo 26 años, ya no quiero más hijos... cuando tenemos muchos hijos no podemos darles todo lo que necesitan, así escuela, por ejemplo. Aquí nos dan pláticas. A mí me gusta más allá (Tlaxco) porque el aire está más fresco, lo que uno come es más natural... yerbamora, verdolaga, rábano, pipiza, chipil, cebolla cambray. Mis papás dicen que regresarán cuando tengan 70 años. Aquí venimos a buscar trabajo; aquí tiene de bueno que las mujeres sí van a la escuela y se casan con su novio, no como en el pueblo que los papás escogen con quién se van a casar; allá las siguen vendiendo, aquí no, los que apenas llegan acá a veces siguen la costumbre (Entrevista, junio, 2006).

Una tercera generación la integran mujeres que ya nacieron en Acapulco. Ellas

tienen acceso a la educación primaria y secundaria aunque tienen que vincularse de manera temprana con el mercado de trabajo para completar los ingresos de sus familias que en general se dedican al mercado informal de trabajo, como la venta en las playas.

Las jóvenes de esta última generación ya no se sienten ligadas con las comunidades donde nacieron sus padres y sus abuelos; algunas han ido, otras no, pero en general, no se sienten ligadas a ellas y sobre todo, porque gran parte de sus parientes ya se encuentran en el puerto o los que se quedaron, se han ido muriendo. Sin embargo, ellas siguen hablando “la lengua” porque se habla en su casa; han ido a las escuelas bilingües y conviven en la colonia con parientes.

Este es el testimonio de una joven de 17 años cuya familia es originaria de Tlaxco:

Todas las tarde me voy a Papagayo, a la playa, no es todavía temporada pero me echo una trencita diaria y en temporadas como cinco. A veces saco doscientos pesos, aprendí el oficio con mi mamá. Yo no conozco el pueblo, ni he ido ni lo conozco ni me interesa conocerlo. Me gusta más aquí, dicen que allá está feo, yo hablo mixteco, lo hablo con mis amigos, mi familia, mis tíos y mis primos. Yo ya soy acapulqueña, tengo 17 años, quiero conocer Nueva York, algún día me voy, allá tengo familia que me ayude (Entrevista, junio, 2006).

Para estas mujeres la vida en un nuevo sitio les ofrece otras oportunidades como el acceso a una mejor educación, a una mejor alimentación, a mejores condiciones de salud, mayor autonomía frente a la decisión de casarse y tener hijos. Parece ser que los grados de violencia intrafamiliar contra la mujeres tienden a descender, aunque se enfrentan a otros problemas. Negocian y renegocian su condición de mujeres, viven una doble presión ante un núcleo de parentesco que proviene de la misma comunidad que esperarían de ellas los mismos comportamientos de sus madres y abuelas y un medio donde también conviven con otras personas y están más influenciadas por los medios de comunicación y la moda, donde se habla de comportamientos modernos y de otro tipo de mujeres más emancipadas.

Las mujeres indígenas manifiestan cambios a partir de la migración, pero éstos son más importantes cuando migran solas o cuando lo hacen a espacios tan amplios como las ciudades donde quedan atrás las cargas, deberes y obligaciones con la familia, con la comunidad o con la jerarquía comunitaria.

“Las mujeres que migran presentan profundas transformaciones: la reinterpretación de sus valores y su cultura, producto del choque con la cultura urbana: la poca utilidad de su lengua, el desempeño en trabajos remunerados, la manutención del hogar, la reinterpretación de los roles sexuales al interior de la familia, la disfunción de todo su saber cultural rural” (Thacker y Gómez, 1997). En general, estas conclusiones son aceptables

para las mujeres indígenas de Acapulco, pero en el ámbito privado, sus conocimientos previos no son inútiles; usan su conocimiento alimenticio, en medicina tradicional y la colonia-comunidad es un refugio importante para jóvenes expuestas a problemas severos en el puerto como la drogadicción, la delincuencia y la prostitución.

Entre las acciones más importantes que han asumido los indígenas migrantes en Acapulco, se encuentra la proyección y ejecución de las escuelas bilingües en sus propias colonias. Esta propuesta ha generado entre sus promotores una gran cantidad de gestiones, una lucha sin tregua para convencer de su necesidad a propios y extraños, para lograr apoyos y para ponerlas a funcionar.

Las escuelas bilingües cumplen también la función de reunir a los padres de familia y a los colonos para recibir cursos y participar en talleres sobre distintos aspectos como nutrición, salud o agricultura. Además, para gestionar servicios de urbanización para las colonias, como pavimentación, recolección de basura o alumbrado público, entre otros. Así,

hay en las colonias nuevas formas de vivir y defender la conformación de su nueva identidad como indígenas de Acapulco. Prueba de ello son las cuatro escuelas primarias bilingües que existen en Acapulco. Se refuerza a través de estas escuelas el orgullo por ser gente indígena. La escuela, la casa, la colonia, son los espacios donde los niños y jóvenes encuentran comprensión y solidaridad. En las calles y en las playas los trabajadores ambulantes son humillados y a veces hasta maltratados por su condición laboral y étnica (Barroso y Canabal, 2006).

Persiste la creación de una nueva identidad que siempre se conforma desde un yo indígena frente a los otros; el mestizo, el urbano o el propio indígena; hablamos de una nueva identidad, en tanto que aparecen nuevas concepciones, nuevos espacios de interacción y nuevos rasgos generacionales.

4. Ante los cambios

Las interrogantes allí quedan, habrá que explorarlas más.

¿Qué cambios se generan entre estas mujeres nahuas, mixtecas y tlapanecas que llevan su identidad étnica a lugares distintos, que la tienen que adaptar, readaptar y negociar ante las nuevas circunstancias? Viven y se integran a comunidades transregionales que redefinen roles de mujeres montañeras que necesariamente han cambiado. Han escuchado que “siendo mujeres son individuos con derechos”, que ganan igual que los hombres, pero que trabajan más, en atención a su rol reproductivo. Mujeres que se comparan con otras mujeres, con aquellas que son diferentes, que se precian de tener derechos como “ciudadanas”, que escogen con quién casarse, cuántos hijos

tener, si dejan a un marido o si lo denuncian en caso de violencia. Se trata de un choque que tendrá resultados a largo plazo.

Las mujeres consideran que su vida ha cambiado "tantito": "Allá, mi papá me pegaba mucho, acá no", "es mejor acá, hay otra manera de vestirse, más posibilidades... Aquí se abre la mente, uno aprende a hablar español, ya no se deja que el marido la maneje como allá, que le peguen..." (Barroso y Canabal, 2006).

Si bien sus condiciones laborales están marcadas por ser inestables y riesgosas, las mujeres, muchas de las cuales son cabeza de familia por abandono, separación o por la migración del marido a Estados Unidos, valoran mucho estos cambios en cuanto al respeto que han ido ganando entre los integrantes de su familia y respecto a las oportunidades en información, acceso a la salud y a los niveles educativos que podrán tener sus hijos. Este sentimiento se refuerza con la posibilidad de obtener un ingreso de manera independiente. También destacan los cambios en cuanto a las relaciones que en el puerto tienen mayores posibilidades de elegir cuándo y con quién casarse "Allá venden a las mujeres en la Montaña, te dan dinero, te dan vacas, eso cambia aquí y ya no se casan tan jóvenes" (Barroso y Canabal, 2006).

Hemos visto que los cambios más importantes entre las mujeres indígenas que llegan a Acapulco tienen que ver con las generaciones. Incluso, entre la primera generación que llega sin hablar español muy ligadas todavía a su pueblo al que regresan periódicamente y al que añoran. Se dan cambios al tener que salir a buscar un ingreso practicando actividades para ellas desconocidas, en un medio totalmente distinto donde se les ve como alguien distinto que quizás no debiera estar allí. Son mujeres que vivieron su niñez y adolescencia en las comunidades de la Montaña acostumbradas a sembrar y cocinar el producto de su cosecha, a casarse con quien se les asigne y a tener hijos muy temprano y en cualquier cantidad.

Si bien, hay cambios importantes entre las indígenas migrantes, su lucha es constante e intensa, incluso en este nuevo medio al que pretenden integrarse. Recrean e inventan estrategias de vida de acuerdo con las posibilidades de trabajo que se les abren en este puerto, éstas incluyen el servicio y la venta de cualquier tipo de productos en un mercado de consumidores muy diverso. Su querrela incluye superar las limitaciones y prejuicios que les impone esta nueva sociedad a la cual ya pertenecen, esto ante su condición de indígena, trabajadora y pobre.

Las mujeres indígenas de cualquier edad salen, trabajan, van a la playa y ahí trabajan apoyadas, no por mafias del comercio, sino por su propia comunidad que por medio de las redes que tejen les da vivienda, trabajo y solidaridad e interrelación entre iguales que hablan su propia lengua y tienen costumbres semejantes, a pesar de que los menores ya no intenten ni quieran regresar a su pueblo. Son las más jóvenes, presionadas por su pertenencia familiar y étnica y su necesidad de ser reconocidas

como acapulqueñas, quienes tratan de adaptar su manera de vestir, de peinarse y de “ser” al estilo de acá.

Hay opiniones encontradas. En un testimonio, Alejandra nos señala que:

Mis hijos sí van a la escuela bilingüe, aquí cantan el himno nacional mexicano en mixteco. Mi hijo lloraba porque no podía cantarlo, pero aprendió. Muchos de mi pueblo dicen para qué aprendemos la lengua si ya nadie la habla. Pero yo digo que es importante para que la lengua no se pierda. Pero alguna gente, los jóvenes dicen que no es del pueblo, a lo mejor les da vergüenza porque les dicen los indios que no hablan bien el español (Entrevista, junio, 2006).

Las mujeres casadas y las jóvenes viven en la colonia entre sus paisanos con protección y solidaridad, pero también con una vigilancia más estrecha que la que pueden tener en otras colonias o en las zonas del mismo puerto donde hay una mayor diversidad étnica. Sin embargo, ya pertenecen a esta ciudad aun con las peculiaridades que intentan conservar.

Entre los espacios de encuentro de los colonos está sin duda el que ha sido construido a partir de las escuelas desde donde se promueven talleres, reuniones y pláticas sobre cuestiones de salud, nutrición, cuidado de los niños y adolescentes; en estas reuniones participan activamente profesoras y mujeres que tienen posiciones importantes entre sus parientes y vecinos por su participación económica y social. Estos espacios de socialización las conectan con organismos gubernamentales, académicos y no gubernamentales que les acompañan, cuestión trascendente pues relacionan su propio acercamiento colectivo identitario con alianzas que les abren el panorama de reflexión hacia problemáticas comunes con otros grupos, pueblos y organizaciones.

Estamos en presencia de comunidades dinámicas y abiertas a transformaciones al cruzar las realidades como la migración, tanto nacional como internacional, una competencia partidaria más abierta, su vinculación con movimientos sociales regionales o nacionales y con organizaciones no gubernamentales con diferentes propuestas. Este nuevo contexto ha permitido que las mujeres sean más escuchadas y puedan tener una presencia más fortalecida en la lucha de sus pueblos y por sus demandas de género.

Bibliografía

- Barroso, Gabriela y Beatriz Caníbal (2006), *Mujeres indígenas y mercado de trabajo: el caso de Acapulco*, ponencia, Congreso de AMET, Oaxtepec, Morelos.
- (2005), *Mujeres savi en Acapulco: las excluidas del desarrollo*, mimeo.
- Barroso, Gabriela (2002), *Encuesta a hogares indígenas de la Chinameca*, marzo.
- Barroso, Gabriela y Nicolasa García Carranza (s/f), *De Tlaxco a la Chinameca. Migrantes ñuu savi en Acapulco*, mimeo.
- Comisión para el desarrollo de los pueblos indígenas (CDI) (2001), *Programa Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, 2001-2006*, <http://cdi.gob.mx>
- Entrevistas realizadas en Acapulco, 30 de junio de 2006.
- García, Nicolasa (2004), *Los factores psicológicos que determinan la migración. De Tlaxco a la Chinameca*, Estudio de caso, tesis de licenciatura, Facultad de Psicología, UAG, México.
- INEGI, *XII Censo general de población y vivienda*, INEGI, 2000.
- , *Encuesta Nacional de Empleo Urbano*, 2004.
- , *Encuesta Nacional de Empleo Urbano*, 2004.
- Maier, Elizabeth (2006), *Tránsitos territoriales e identidad de las mujeres indígenas migrantes*, El Colegio de la Frontera Sur, Papeles de población, Universidad Autónoma del Estado de México, núm. 047, pp. 201-225.
- Recchini de Lattes, Zulma, *Mujeres en las migraciones internas e internacionales*, mimeo, pp. 8-9.
- Suárez Navaz, Liliana (2005), *Género, migración y cambio: una perspectiva transnacional*, Departamento de Antropología Social, Universidad Autónoma de Madrid, mimeo.
- Thacker Moll, Marjorie e Iliana B. Gómez Rivas (1997), *La mujer indígena en la Ciudad*